

ANTIGUOS POBLADORES DEL TERRITORIO CALDENSE. ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA

Por: **Albeiro Valencia Llano**

Introducción

La región del Cauca medio en el antiguo Caldas (departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío) fue habitada durante varios milenios por comunidades con diferentes culturas. Esta región se caracteriza por su diversidad ecológica, por la abundancia de riachuelos, quebradas y ríos, por la riqueza de la flora y fauna, por la fertilidad de los suelos y por los minerales del subsuelo.

El territorio está conformado por montañas, escarpadas pendientes, tierras planas y valles, con variaciones de altitud desde los 500 m sobre el nivel del mar hasta las nieves perpetuas. Así, con variedad de climas y riqueza hídrica fueron surgiendo numerosos ecosistemas. En este exuberante paisaje del Cauca medio surgió una sociedad muy especial, que asombró a los europeos por su riqueza económica y cultural.

Colonización maicera. Los cacicazgos

Los europeos hallaron una sociedad compleja, con numerosos habitantes, eficaz aprovechamiento de los recursos naturales —especialmente los agrícolas—, diferenciación social y sistema de linajes donde un grupo de familias ejercía el control económico, social y religioso, lo que permitía ver con toda claridad una pirámide social que se ensanchaba en la base y que llegaba, en forma escalonada, hasta la figura del cacique.

En esta parte del país se dio lo que se denomina "colonización maicera", o sea sociedades que se extendieron sobre las faldas de las cordilleras donde por el variado régimen de lluvias y diferentes suelos se dedicaron al cultivo del maíz, produciéndose la posesión del territorio y su defensa de posibles invasores.

El maíz era el motor del desarrollo, la posibilidad de almacenarlo en capacho, produjo sobrantes, lo que facilitó la especialización de estamentos en cada cacicazgo: administradores, artistas, artesanos, comerciantes, agricultores y guerreros.

La pauta de asentamiento es de "grandes aldeas nucleadas y en sus alrededores pequeños poblados satélites". La defensa de las tierras de alto rendimiento, minas de sal y otros recursos, conduce al desarrollo de pugnas permanentes, alianzas militares y al estímulo de relaciones comerciales con otras provincias¹

Los cacicazgos o señoríos más importantes fueron: los quimbayas, "señores del fuego"; los ansermas, "señores de la sal"; los carrapas; los irras, controladores del paso del río Cauca; los picaras; los pozos "magníficos guerreros"; los paucuras; los armas, "elegantes señores de la guerra"; los patangoros o palenques y los amaníes.

¹ Reichel Dolmatoff, Gerardo. Colombia indígena –Período prehispánico- Manual de Historia de Colombia, tomo I, Colcultura, 1982, p. 69

¿Cuál era la población indígena del territorio en el momento de la conquista?

Es muy difícil establecer cifras aproximadas por no existir una metodología uniforme entre los cronistas; mientras algunos hablan de "tierra muy poblada" o "tierra que hervía de gente" y no daban datos de pobladores, otros entregan sólo cifras parciales. Además, se carece de información indispensable para el análisis histórico-demográfico en lo referente a la proporción entre niños, adultos y ancianos, hombres y mujeres, indios guerreros y resto de la población.

Los cronistas más cuidadosos como Cieza y Simón, que tuvieron una visión directa de la realidad, permiten hacer un cálculo aunque apenas aproximado y no cubre todas las provincias. Sobre los censos de indígenas, efectuados hacia mediados del siglo XVI, - que son los más importantes para el cálculo de la posible población-, fueron realizados por los propios conquistadores y por misioneros, quienes muchas veces no hacen claridad sobre si sus cifras corresponden a indígenas tributarios o a una población total; además de lo anterior, estos censos fueron hechos después del choque inicial entre las dos culturas.

Así presentan el problema los cronistas:

Cieza, en su recorrido por el territorio, dice que "El camino que hay de Antiocha a la Villa de Ancerma son setenta leguas. Todo ello o lo más está poblado de indios y tienen las casas muy apartadas del camino"².

Acerca de Anserma Fray Gerónimo de Escobar escribe: "los yndios del quando entraron los españoles eran muchos e grandes señores, porque sola esta provincia de Anzerma tenía más de quarenta mil yndios"³ y Simón califica toda la región como "llena de ciudades".

Sobre la provincia de Cartago Jorge Robledo anota: "durará la poblazón, en ancho y en largo, diez e seis leguas de bajo en donde no hay palmo que esté por poblar"⁴ y Fray Gerónimo de Escobar dice que en la provincia que llaman Quimbaya "hubo más de veinte mil yndios"⁵.

De la provincia de Arma dice Cieza: "es muy grande y muy poblada; tiene más de veinte mil indios de guerra, o los tenía cuando yo escribí esto, que fue la primera vez que entramos cristianos españoles, sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas, hechas de grandes varas y vigas... la provincia tendrá en longitud diez leguas,

² Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. IV Centenario de la Fundación de Santa Ana de los Caballeros. Ediciones Edgardo Salazar, 1939, p. 94.

³ Escobar, Fray Gerónimo. Relación sobre el Carácter e Costumbres de los Yndios de la Provincia de Popayán. En: IV Centenario de la Fundación. Op. Cit. P. 304

⁴ Robledo, Jorge. Descripción de los Pueblos de la Provincia de Anserma. En: IV Centenario de la Fundación. Op. Cit., p. 341.

⁵ Escobar, Fray Jerónimo. Op. Cit., p. 341.

y de latitud seis o siete. Los más Valles y laderas parecen huertos, según están poblados y llenos de arboledas de frutales de todas maneras"⁶.

Sarmiento, con menos precisión, anota simplemente: "estas provincias son de mucha poblazón, gente de guerra, y muy ricas de oro"⁷.

Y Fray Gerónimo de Escobar señala que se hallaron en el año de 1542 "en esta provincia de Arma más de treinta mil yndios"⁸.

Fernández de Oviedo da un importante dato sobre la población al anotar: "en Arma se unían no menos de 3.000 chozas al poblado principal, situado en el llano superior del Valle"⁹.

Sobre la provincia de Paucura dice Cieza: "tenía cinco o seis mil indios cuando la primera vez en ella entramos con el capitán Jorge Robledo"¹⁰; y acerca de Picara agrega que es "grande y muy poblada" y "había más de diez o doce mil indios de guerra cuando la primera vez entramos en esta provincia"¹¹.

En cuanto a Pozo afirma Sarmiento: cuando Jorge Robledo llegó a la provincia "le salieron a rescibir de guerra más de cuatro mil indios"¹².

Aguado escribe acerca de numerosos indios y pueblos en Victoria y regiones vecinas: "era tierra lastrada de oro y que hervía de gente".

De todos modos, aunque las cifras dadas por los cronistas no recojan toda la población de las diferentes comunidades y no se ajusten por entero a la realidad, permiten formar una idea acerca de los grupos sociales de los distintos pueblos y provincias a la llegada de los conquistadores.

Poblados y viviendas

Los españoles quedaron impresionados porque todas las regiones visitadas estaban densamente pobladas y con vistosas viviendas. Robledo en la descripción que hizo de los pueblos de la provincia de Anserma anotó lo siguiente:

Anserma está en el Valle de Amiceca que es un valle muy poblado. Están en este valle muchos pueblos de muchos nombres. En medio de él y de la ciudad de Anserma está el pueblo del Peñol y otro valle de muchos pueblos llamado Chanvuruqua. A la parte donde nace el sol están los pueblos de Irra, Angasca,

⁶ Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. En: Historiadores Primitivos de Indias. Tomo 26. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1923, p. 371.

⁷ Sarmiento, Pedro. Relación del viaje del Capitán Jorge Robledo a las Provincias de Anserma y Quimbaya. En: IV Centenario de la Fundación de Santa Ana de los Caballeros de Anserma. Ediciones Edgardo Salazar, 1939, p. 248

⁸ Escobar, Fray Gerónimo. Op. Cit., p. 343.

⁹ Trimborn, Herman. Señorío y barbarie en el Valle del Cauca, Madrid, 1949, p. 127.

¹⁰ Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. Op. Cit., p. 379.

¹¹ Ibid., p. 374.

¹² Sarmiento, Pedro. Relación del viaje. Op. Cit. p. 246.

Guacaica, Aconchara y otros muchos a cuatro o cinco leguas de la ciudad de Anserma¹³.

Reconoce que la provincia más poblada es la de Quimbaya pues hay en esta provincia más de 80 caciques, todos alrededor de la ciudad de Cartago,

La tierra es más llana que la de Santa Ana, es toda llena de Cañaverales (guadales) y entre ellos tienen los indios hechos sus pueblos. Descienden de la sierra nevada muchos ríos pequeños que van a dar al río grande (el Cauca). Y se forman grandes vegas y ríos, donde los indios tienen sus sementeras, granjerías y grandes arboledas de frutas¹⁴.

Agrega que la provincia de Arma es diferente de las otras y más rica, con excepción de la de Quimbaya

Las casas son de otra hechura pues son redondas... Habita en cada casa diez hombres con sus mujeres e hijos, porque las casas son grandes y bien hechas, y cada uno tiene su aposento dentro, donde duerme... Tienen las casas hechas de seis en seis juntas y una plaza delante de ellas, en la cual tienen clavadas unas guadas gruesas, de las que en aquella tierra hay, que son tan gruesas como dos muslos y muy altas, a lo largo de la plaza¹⁵.

Cieza se refiere a las edificaciones que tenía el cacique Ciricha de Anserma:

Tiene o tenía cuando yo lo vi, una casa muy grande a la entrada de su pueblo, y otras muchas a todas partes de él, y junto a aquella casa o aposento está una plaza pequeña, toda a la redonda llena de las cañas gordas como en lo que conté de Caramanta, y en lo alto de ella había puestas muchas cabezas de los indios que habían comido¹⁶.

Y Simón anota:

Casi todas las provincias convecinas a esta Villa de Anserma son de unas mismas costumbres. A las entradas de sus pueblos acostumbran hacer grandes casas, y en las puertas de ellas una plaza cercada de guadas, que son las cañas gruesas (en cuyos cañutos de algunas cabe una arroba de agua), en cuyas puntas tenían muchas cabezas de indios, que habían muerto en la guerra y se habían comido sus cuerpos, y los pellejos llenos de ceniza, colgados de barbacoas¹⁷.

Los patangoros construían sus pueblos en lo alto de las lomas, formando núcleos de 80 o más viviendas, distribuidas de tal forma que se podían formar calles bien trazadas y al mismo tiempo garantizar la defensa colectiva. Las casas se construían en guadua y los techos se cubrían con hojas de bijao. Cada pueblo tenía una casa más grande para las ceremonias, donde realizaban las reuniones para invocar los dioses, celebrar matrimonios, tramar la guerra o divertirse.

¹³ Robledo, Jorge. Descripción de los pueblos de la provincia de Anserma. En: Caldas en las Crónicas de Indias. Academia Caldense de Historia, Editorial Manigraf, Manizales, 2007, p. 21

¹⁴ Robledo, Jorge. Op. Cit., p. 26.

¹⁵ Ibid., p. 28.

¹⁶ Cieza de León, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 73.

¹⁷ Simón, Pedro. Caldas en las crónicas de Indias. Op. Cit., p. 80.

Aguado anota que las poblaciones de los amaníes, situada entre las ciudades de Victoria y los Remedios, difieren en mucho de las de los patangoros.

Es gente los amaníes de más razón en su vivir y orden de sus repúblicas que los patangoros, los cuales tienen sus pueblos trazados con concierto, las casas juntas y las calles por orden y compás, y pueblos formados aunque no muy grandes sino lugares de ochenta o noventa casas¹⁸.

La ciudad de Victoria fue fundada en el mismo lugar donde los indios tenían su pueblo. Cuando Salinas llegó a la región entró atacando y los aborígenes, en su retirada, quemaron sus casas para que los españoles no las pudieran utilizar, pero cuando llegó a lo alto de la loma y observó que habían quedado sus casas en pie tomó la determinación de fundar allí el pueblo, aprovechando que estaba hecho el banqueo, había cimientos y espacio para la plaza¹⁹.

La “nobleza”

La existencia de "personas distinguidas" es confirmada por los cronistas para las diferentes provincias y en especial para los cacicazgos más importantes como Quimbaya, Anserma y Arma. Cieza hace esta mención para Pozo y Picara; Simón anota la diferencia entre caciques y señores principales, refiriéndose a los quimbayas y en el caso de Anserma, Cieza y Robledo hacen la misma observación. Según lo anterior puede hablarse de una clase social superior en toda una gama de tribus, clase que se diferenció del pueblo en general y se acercó por factores sociales y económicos, a la de los caciques²⁰.

Al respecto Cieza, en su recorrido de Antioquia a Anserma afirma que "los señores y caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y a las puertas dellas puestas unas cañas gordas que parecen pequeñas vigas; encima dellas tienen puestas muchas cabezas de sus enemigos"²¹.

Añade que los "hombres andan desnudos, y los principales y señores se cubren con una manta larga y traen por la cintura maures... tenían muchos vasos de oro los señores, con que bebían, y mantas así para ellos como para sus mujeres, chapadas de una pieza de oro... En las demás provincias, muerto un señor, hacen en los cerros altos las sepulturas muy hondas, y después que han hecho grandes lloros, meten dentro al difunto"²².

Cieza es muy explícito cuando asegura que el mando que tienen los caciques sobre los indios (de Arma) "no es más de que les hacen sus casas y les labran sus campos; sin lo cual, les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los ríos oro"²³.

¹⁸ Aguado, Pedro. Recopilación Historial, tomo II, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1956, p. 103.

¹⁹ Ibid., p. 20.

²⁰ Trimborn, Herman. Op. Cit., p. 196.

²¹ Cieza de León, Pedro. Caldas en las Crónicas, Op. Cit., p. 71.

²² Ibid., p. 74.

²³ Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. Historiadores primitivos de Indias. Biblioteca de autores españoles, Madrid, 1923, p. 372.

Las habitaciones de los caciques y señores de Pozo son descritas por Cieza como "muy grandes casas, redondas, muy altas; viven en ellas diez o quince moradores"²⁴. Pero si bien estos aspectos llamaron la atención de los cronistas, se asombraron más con las figuras de oro que rodeaban a caciques y señores principales. Ricas joyas de oro distinguían a los caciques de Picara, Carrapa y Anserma, mientras que los de Quimbaya descollaban por su lujo en joyas de oro y en sus vestiduras.

En Anserma, dice Jorge Robledo, que los señores "traen la cara muy pintada de diversas pinturas y colores y sus collares de oro al cuello y en las narices un caricorie de oro pesa 15 ó 20 castellanos, que es a manera de barra de oro retorcida, y les cae sobre la boca y tienen por encima de las ventanas de las narices unos agujerillos, de cada parte el suyo, donde ponen unas perillas de oro, que pesarán cuatro o cinco castellanos"²⁵.

Entre los pozos sólo la casta superior podía llevar "mantas", y era prerrogativa de esta clase señorial, llevar una pintura peculiar y determinados adornos. Aquí, como en otras provincias, se observa que los caciques y la nobleza disponían de una mejor dotación de objetos valiosos como joyas de oro, vestidos lujosos y sal.

Los hallazgos en algunas tumbas de los quimbayas permiten inferir que los señores llevaban coronas y cetros de oro. En Anserma el cacique de Porsa llevaba, incluso después de muerto, una corona de oro.

Refiriéndose a otros factores de distinción, Cieza planteaba que los señores iban en "andas y hamacas". Lo anterior es corroborado por Sarmiento cuando habla del cacique Cananao, quien se desplazaba "en unas andas muy suntuosas"

Robledo, al hacer la descripción de los pueblos de la provincia de Anserma, apunta al respecto que

Los indios naturales destas provincias son gente bien tratada, y tienen a sus señores en mucho, tráenlos en hombros cuando van a alguna parte que ellos se han de mostrar, e ansí los traían cuando me venían a ver de paz; usan llevar consigo diez o doce mujeres muy bien aderezadas y hermosas, y cuando los bajan de los hombros de los indios, los toman estas mujeres sin que toquen el suelo y los asientan encima de sus muslos y otros le toman los pies porque no le lleguen al suelo, por mayor veneración²⁶.

Los matrimonios de caciques y señores, tenían en parte un carácter político, pues servían para afianzar la amistad entre los señores vecinos²⁷. Al respecto Robledo anota que "las mujeres, que los señores toman, son hijas de señores de la comarca" y refiriéndose a Quimbaya agrega que "los principales señores, que aquí hay, son cinco o seis, que se llaman: Tacoronví, Yanva, Zazaquavi, Vía y Pindana, puesto que ninguno

²⁴ Ibid.

²⁵ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p.22

²⁶ Ibid., p. 22.

²⁷ Trimborn, Herman, Op. Cit., p.224.

destos es señor más de su tierra, e ninguno de los otros le tiene obidencia, más que todos son parientes y amigos y están casados unos con otros"²⁸.

Posiblemente las raíces de esta nobleza fueron la herencia y los méritos de guerra. Sin duda en esta clase social estaban incluidas las familias de los gobernantes, y de este círculo procedía, con seguridad, una buena parte de los empleados, por lo que se puede hablar "de la compenetración de una nobleza de sangre y otra de cargo" como asegura Trimborn²⁹.

Con respecto al concepto de herencia los cronistas ahondan en información, lo que permite hablar de una prolongación de la clase social, en los hijos y descendientes. Así, entre los quimbayas "es costumbre entre ellos que, muertos los padres, hereden los hijos y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana". Lo mismo sucede en Arma: "Los hijos heredan a los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana, y no del hermano"³⁰.

De otro lado existía una muy definida clase social de sirvientes, pajes y esclavos, definidos por los cronistas como trabajadores forzados. Juan de Castellanos, refiriéndose a la región Quimbaya, los llama "sirvientes"; y Jorge Robledo, sobre la provincia de Anserma, habla de mujeres privadas de la libertad, "criadas" o "esclavas"; mientras que Sarmiento menciona a los "pajes" que integraban el séquito de Ocuca. Cieza habla, además, de prisioneros de guerra convertidos en esclavos, entre los paucuras y los armas. De este modo los prisioneros de guerra podían ayudar a desarrollar la economía agrícola o la minera, como lo plantea Simón.

Aunque el reparto de los prisioneros de guerra y la compra de ellos no se limitaba sólo a los caciques, sino que también tenían acceso los señores principales y los llamados simplemente "señores", los caciques recibían una mayor parte del botín de guerra y tenían mayores facilidades para comprar prisioneros o esclavos que podían ser utilizados en las labores agrícolas o en las minas, incrementando así el poderío económico.

Matrimonios

Escribió Robledo que los caciques ansermas seleccionaban sus esposas entre las hijas de otros caciques. Primaba el carácter político que servía para afianzar la amistad entre los señores y vecinos:

Y toman diez o doce señoras, y cuando duerme, duerme entremedio de todas, y otras veces con una y como se le antoja... cuando una mujer de un señor está preñada de cinco meses, luego se aparta de su marido y se va a su tierra, porque todas las mujeres que tienen son hijas de señores (caciques) de otros pueblos y envíanla allá hasta que pare, hasta que la criatura es de tres años, y no se la torna a ver. Y tienen esta costumbre que entre todas estas mujeres que tienen, la primera

²⁸ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 305.

²⁹ Trimborn, Herman. Op. Cit., p. 197.

³⁰ Ibid., p. 108.

que pare hijo se tiene por principal de todas y el hijo hereda y desde que se crían los tienen en mucha veneración los vasallos, aunque el padre sea vivo³¹.

Y Cieza anota que en la provincia de Zopia:

Cásanse con sus sobrinas y algunos con sus mismas hermanas y hereda el señorío o cacicazgo el hijo de la principal mujer (porque todos estos indios, si son principales, tienen muchas) y si no tienen hijo, el de la hermana de él³².

A Cieza le llamaba la atención que para los ansermas no se valorara la virginidad y al respecto escribió que sus hijas se casan “después de estar sin su virginidad, y no tienen por cosa estimada haber virgen la mujer cuando se casan. No tienen ninguna ceremonia en sus matrimonios”³³

A los cronistas les llamaba la atención la pluralidad de mujeres; Aguado lo explica:

Una de las causas más evidentes porque se halla tener cada indio de estos tantas mujeres cuantas puede haber, es porque dende que la mujer se siente preñada hasta que pare y ha criado a su hijo y quitándole la teta o la leche, no ha de tener ayuntamiento carnal con ella el marido, ni en el ínterin que les baja sus costumbres mujeriles, y como los varones sean muy lujoriosos procuran siempre tener con quién cumplir sus apetitos.

Todas las mujeres que tiene uno de estos bárbaros habitan y están juntas, sin darse pesadumbre la una a la otra, ni reinar entre ellas discordia por vía de celos ni de ser más querida la una que la otra. La orden que entre ellas tienen para dormir con su marido es por días, y a la que le cabe hoy tiene aderezado y hecho el comer o cenar a su modo, y las tintas con que lo ha de pintar aderezadas, y en viniendo el marido de la labor o de la guerra beben un vaso de vino de maíz o dos, y luego se va a lavar al río o a la fuente: después de bien lavado, vuelve a donde su mujer está, la cual le pinta todo el cuerpo de muy galanas pinturas, desde el rostro hasta los pies, y con esto quedan él y ella muy satisfechos de su amor, lo cual acabado cenan las comidas que atrás he referido que estos bárbaros usan, con lo cual se van a dormir³⁴.

Sobre la poligamia en la clase alta se observa una costumbre generalizada. Cieza y Robledo plantean que en Anserma cada cacique tiene de diez a doce mujeres y Cieza habla además de la poligamia de los caciques en los territorios de Carrapa, Picara, Pozo y Arma. Sin embargo la pluralidad de mujeres no estaba limitada a la clase de los caciques y señores principales; Cieza asegura que en Arma también los hombres comunes vivían en poligamia, pues tenían "los demás a una y a dos y a tres, como tiene la posibilidad". De lo anterior se deduce que la poligamia dependía de las posibilidades económicas por la que se generaliza para la clase de los señores.

La belleza de las mujeres

Sobre la belleza de nuestras mujeres lo cronistas hablaron con lujo de detalles.

³¹ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 24.

³² Cieza de León. Crónica del Perú. En: Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit, p. 74.

³³ Ibid.

³⁴ Aguado, Pedro. Recopilación Historial. Op. Cit., p. 87-88.

Robledo anotó que los caciques ansermas “usan llevar consigo diez o doce mujeres, muy bien aderezadas y hermosas”. En una casa de oración de Anserma encontró grandes riquezas y muchas mujeres muy hermosas³⁵. Y Aguado escribió que las mujeres patangoras “agestadas y de medianos cuerpos: traen el cabello muy largo y précianse de curarlo muy mucho³⁶”.

Y Cieza dice que “las mujeres ansermas traen mantas pequeñas y son de buen parecer y algunas hermosas³⁷”. En un reconocimiento a las mujeres de la región destacó la belleza de las de Supía y Cartama, anotando que las más feas eran las de Arma³⁸.

Uno de los conquistadores que más apreció la belleza de las indígenas fue Robledo. Al respecto escribió Sarmiento que Robledo logró el sometimiento de los principales caciques de la provincia de Anserma por “dos señoras de la tierra que se aprehendieron por gracia de Dios en un rancheo, que desde la ciudad de Anserma se fue a hacer, las cuales estaban en el aposento del señor capitán, bien tratadas, como señoras que eran; y ellas desde allí mandaban venir a toda la tierra de paz³⁹”.

Para prevenir el envejecimiento, dice Aguado, que

Précianse estas mujeres de tener en el rostro buena tez, y para conservarla beben cierta cáscara de árbol que parece canela, por parecerse a ella, porque con la virtud de esta cáscara detienen su regla mujeril cinco o seis meses, con la cual no se avejentan mucho ni se les arruga el rostro sino es por demasiado curso del tiempo, y luego a cabo de este tiempo les torna a bajar; y cierto fuera cosa provechosa esta cáscara en nuestra patria España, porque con ella pudiera ser que se estorbaran los excesivos gastos de soliman, albayalde y otros costosos artificios que las mujeres buscan, procuran e inventan para perfeccionar la tez del rostro⁴⁰.

Sobra agregar que la belleza de estas mujeres, sus cuerpos desnudos y la soledad de los conquistadores, fueron factores que condujeron al mestizaje.

Vestidos y adornos

De acuerdo con Simón, los de Pozo “andaban desnudos hombres y mujeres por ser tierras calientes, sin traer más que las partes de la honestidad cubiertas⁴¹”. Y sobre Anserma decía Cieza que “todos andaban desnudos y descalzos, sin tener más que unos pequeños maures, con que cubren sus vergüenzas. Las mujeres se cubren de la cintura abajo; lo demás anda descubierto⁴²”.

Y agrega que “las mujeres andan vestidas como digo; traen los cabellos muy peinados, y en los cuellos muy lindos collares de piezas ricas de oro, y en las orejas sus zarcillos;

³⁵ Patiño, Víctor Manuel. Historia de la cultura material en la América equinoccial. Vida erótica y costumbres higiénicas, Tomo VII, Instituto Caro y cuero, Santafé de Bogotá, 1993, p. 39.

³⁶ Aguado, Pedro. Op. Cit., p. 81.

³⁷ Cieza de León, Pedro. Op. Cit., p. 73.

³⁸ Patiño, Víctor Manuel. Op. Cit., p. 39.

³⁹ Sarmiento, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 162.

⁴⁰ Aguado, Pedro. Op. Cit., p. 81.

⁴¹ Simón, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 287.

⁴² Cieza de León, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 72.

las ventanas de las narices se abren para poner unas pelotitas de oro fino, algunas destas son muy pequeñas y otras mayores”⁴³.

Sardela describe a un cacique de la provincia de Arma del siguiente modo: “era mancebo, gentil hombre, venía muy pintada la cara de amarillo e azul e negro, e todo el cuerpo untado con una resina de árboles que huele, e por encima dado con un polvo que se llama vixa, es colorado de árboles, es para defensa del sol y aprieta mucho las carnes”⁴⁴.

Aguado ilustra la costumbre en el vestir y el modo de acicalarse de los patangoros

Los varones traen los cabellos cortados por encima del hombro y aun casi junto a las orejas, y algunos andan con coronas hechas como de frailes, por el respeto que abajo se dirá. Andan todos desnudos, sin traer ninguna cosa sobre sus cuerpos; solamente los que aciertan a tener alguna fea herida se la cubren con alguna piel de animal. La natura traen siempre cubierta con la una mano o atada a un tocado, que a manera de cortina traen por la cintura, porque tienen por cosa deshonesto que les ande siempre colgando, las mujeres... andan desnudas y con solamente un pedazo de manta de hasta palmo y medio o dos palmos, a quien llaman pampanillas, puesto por delante de sus partes vergonzosas, asido a un hilo grueso que traen ceñido al cuerpo por la cintura. Las que son doncellas, aunque sean de crecida edad, hasta que las casan, no traen estas pampanillas sino unos delantales de rapacejos, hechos de cabuya o de algodón, que les llegan por debajo de la pantorrilla, y con aquello andan hasta ser casadas, que siempre andan con gran cuidado y aviso, de suerte que al sentarse ni levantarse se les descubra ninguna cosa fea, lo cual tienen por gran punto, tanto que si a una de estas indias las quitasen una de estas pampanillas o cobertores se sentaría luego en el suelo y permitiría morir allí antes que descubiertas sus vergüenzas levantarse; lo que otras naciones no tienen, sino con su barbaridad una desvergüenza en todo que admira a los que las ven”⁴⁵.

Anotó Simón que los de Quimbaya “andan del todo desnudos, y las mujeres tapadas desde la cintura a las rodillas”

Robledo, refiriéndose a los pueblos de Anserma escribió

Traen debajo de la rodilla un gran bulto de chaquira, que unas cuentecitas menudas y muy iguales, blancas, parejas y otro tanto encima del tobillo, para que críen pantorrilla, y lo mismo hacen en los brazos para criar molledo y lo mismo en las muñecas de los brazos.

Tienen para ceñirse por el cuerpo los que son señores, unos cinchos de aquella chaquira blanca y de chaquira de oro y de cañutos de oro, hasta un palmo de ancho dello, el cual entre ellos vale mucha cantidad; y este es para meter el maure con que tapan sus vergüenzas, que vara y media de largo de lienzo de algodón, muy

⁴³ Ibid., p. 74.

⁴⁴ Sardela, Juan Bautista. *Caldas en las Crónicas de Indias*, Op. Cit., p. 132.

⁴⁵ Aguado, Pedro. *Recopilación Historial*. Op. Cit., p. 81.

pintado, y una de ancho y meten un cabo que les cuelga por delante, que las atapa, y toman el otro por debajo de las piernas y métenle por el ancho y cuélgales un rabo que llega casi al suelo.

Traen sus guirnaldas de diversas maneras en las cabezas, en que cojen el cabello; porque los señores lo usan traer largo; usan las uñas largas y mientras uno es más gran señor, más largas las tiene; curan el cabello mucho, y ellos en sí son muy regalados, miran en muchas abusiones (supersticiones) y agüeros.

En lugar destos cinchos, que lo señores traen, traen el que no los trae, una sarta de cuentas gruesas, y el que no las alcanza, trae un hilo, y todos traen estos maures: traen en las orejas muchos agujeritos por toda ellas, en que ponen cuatro o cinco pares de zarcillos, que pesa cada uno dellos cuatro o cinco pesos; e ansí mismo traen los que no son señores una cinta de chaquira al cuello y al cabo della por yoyel una rama o un sapo de oro; y ansí mismo se atan las piernas y los molledos de los brazos, lo cual usan desde que nascen, puesto que los que son de más bajo estado, no se ponen la ropa del arte que es la de los señores⁴⁶.

Sobre las señoras de los caciques del pueblo de Irra, anotó:

Las señoras no son tan tenidas en esta tierra como los señores, aunque también se hace mucho caso dellas; andan vestidas hasta la punta de los pies con unas mantas muy pintadas, que se dicen naguas, e viénense a ceñir a la cintura y de allí arriba no traen camisa, sino otra manta pintada, la cual se pone con dos puntas por delante, como mantellina, y el cabello muy largo e muy bien tratado. Estas no hacen nada si no las sirven las criadas, solamente sirven ellas a sus maridos de la copa, la cual llevan cubierta cuando les van a dar de comer y hacen la salva a la manera de Castilla e hincadas de rodillas delante dél⁴⁷.

Y agrega que “andan hombres y mujeres descalzos, porque no se usan entre ellos ninguna manera de calzado”⁴⁸. Sobre la forma de vestir en la provincia de Arma, escribió Robledo:

Aquí usan los indios diferente traje... las indias traen unas pampanillas, que es hasta palmo y palmo y medio de paño de algodón que les ciñe el cuerpo y no se tapan más de sus vergüenzas y traen todo el muslo y pierna de fuera, y no traen otra cosa. Y muchos de los indios no traen maures, y los que traen, son de una corteza de árboles que ellos hacen, que casi es como papel destroza, que como en esta provincia hace frío por estar pegada a la sierra, no se coge algodón y así traen poca ropa...

Traen los señores, por debajo del labio que está sobre la barba, hechos muchos agujeros que traspasan la boca y por allí se meten unas barretas de oro, que los cristianos llamamos barbas por que andan colgando hasta en bajo de la barba, y son agujeros algunos tan grandes que la comida se les sale por ellos, y traen sus caricories y zarcillos⁴⁹.

⁴⁶ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 22

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Ibid., p. 24.

⁴⁹ Ibid., p. 28.

Llama la atención la forma de vestir de acuerdo con el estrato social. “Los que son de más bajo estrato no se ponen la ropa del arte que es la de los señores”⁵⁰. Teñían los hilos con achiote y zumo de cortezas; mezclaban hilos de diferentes colores y pintaban la tela con pinceles. El resultado: hermosas formas geométricas y dibujos de animales.

Los caciques utilizaban cinchos o fajas de algodón, de seis u ocho dedos de ancho y los indios del común “una sarta de cuentas gruesas, y el que no las alcanza trae un hilo, y todos traen estos maures”⁵¹. El hilo o cuerda era casi siempre algodón y en algunos casos de cabuya, para atar el pene. El maure era una cinta de algodón.

En la provincia de Sima, al occidente de Anserma, “no traen más que maures, con que se cubren sus vergüenzas; y éstos no de algodón, sino de unas cortezas de árboles; los sacan y hacen delgados y muy blandos, tan largos como una vara y de ancho de dos palmos”⁵².

Por sencillo y simple que hay sido el atuendo del indígena, no se limitaba sólo al uso de la tela de algodón o de corteza, sino que la adornaban con figuras con un sentido de conjuro contra los males, dentro de su mentalidad mágica. Por ejemplo, según Robledo, los indígenas quimbayas pintaban al diablo en sus maures; en este caso se referían a sus dioses. Así se aprecia claramente la mentalidad mágico religiosa⁵³.

Cuando el cronista anota que las mujeres del común andaban totalmente desnudas, en realidad están exagerando. Pero hay que tener en cuenta la mentalidad del europeo, para la época, pues prácticamente cubrían con ropa todo el cuerpo. Nuestros indígenas casi siempre tenían alguna “prenda”, como en la siguiente descripción que cita Víctor Manuel Patiño:

Cíñense un hilo tan delgado o menos como una pluma de escribir, o como un alfiler grueso, de algodón torcido; y desde la cinta baja por sobre el ombligo otro hilo no más gordo que el de la cinta, y aquéste pasa por mitad de la natura de la mujer y va a fenecer entre las nalgas, con un nudillo al cabo, con que entra en el purgatorio o parte más sucia de su persona; e si allí no quiere que entre, rebuja un poco el cabo del hilo y pasa adelante y quédase entre las nalgas. De manera que todas las mujeres traen esta cuerda de templar atravesada por el vientre, como suelen tener los atambores o tamborines; e tienen estas mujeres por mucha honestidad traer este hilo, y por muy fea cosa andar sin él. E si acaso algún cristiano o su esclava propia les quitasen aquel hilo por burlar, o les tocasen en él, se injuriarían mucho, e llorarían más que si les diesen de palos; porque les parece que detrás de aquel muro están muy escondidas sus vergüenzas⁵⁴.

Algunas costumbres

La hoja de coca

⁵⁰ Ibid., p. 23.

⁵¹ Ibid.

⁵² Cieza de León, Pedro. Citado por Patiño, Víctor Manuel, Op.Cit, tomo V, p. 51.

⁵³ Patiño, Víctor Manuel, Tomo IV, Op. Cit., p. 52.

⁵⁴ Ibid., p. 38.

Los cronistas se maravillaron porque los aborígenes mascaban mucha coca y siempre cargaban su mochila llena de hojas y un poporo donde tenían la cal para masticar con la coca. Sobre este aspecto está el siguiente relato de Pedro Cieza de León:

Por todas las partes de las Indias que yo he andado he notado que los indios naturales muestran gran deleitación en traer en las bocas raíces, ramos o hierbas. Y así, en la comarca de la ciudad de Antiocha algunos usan traer de una coca menuda, y en las provincias de Arma, de otras hierbas; en las de Quimbaya y Ancerma, de unos árboles medianos, tiernos y que siempre están muy verdes, cortan unos palotes, con los cuales se dan por los dientes sin se cansar. En los más pueblos de los que están sujetos a la ciudad de Cali y Popayán traen por las bocas de la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan cierta mixtura o confación que ellos hacen, y puesto en la boca, lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es a manera de cal. En el Perú en todo él se usó y usa traer esta coca en la boca, y desde la mañana hasta que se van a dormir la traen sin la echar della. Preguntando a algunos indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta hierba (la cual no comen ni hacen más de traerla en los dientes), dicen que siente poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo que algo lo debe causar aunque más parece una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son. En los Andes, desde Guamanga hasta la Villa de Plata, se siembra esta coca, la cuál da árboles pequeños y los labran y regalan mucho para que den la hoja que llaman coca, que es a manera de arrayán, y sécanla al sol, y después la ponen en unos cestos largos y angostos, que tendrá uno dellos poco más de una arroba, y fué tan preciada esta coca o hierba en el Perú el año de 1548, 49 y 51, que no hay para qué pensar que en el mundo haya habido hierba ni raíz ni cosa criada de árbol que crie y produzca cada año como ésta, fuera la especiería, que es cosa diferente, se estimase tanto, porque valieron los repartimientos en estos años, digo, los más del Cuzco, la ciudad de la Paz, la Villa de la Plata, a ochenta mil pesos de renta y a sesenta, y a cuarenta, y a veinte, y más y a menos, todo por esta cosa. Y al que le daban encomienda de indios luego ponía por principal los cestos de coca que cogía. En fin, teníanlo como por posesión de hierba de Trujillo. Esta coca se llevaba a vender a las minas de Potosí, y diéronse tanto al poner árboles della y coger la hoja, que esta coca que no vale ya tanto, ni con mucho; más nunca dejará de ser estimada. Algunos están en España ricos con lo que hubieron de valor desta coca mercándola y tornándola a vender y rescatándola en los tiangués o mercados a los indios⁵⁵.

El Tabaco

El tabaco tenía varios usos. Los médicos usaban el humo para curar a los enfermos. El tabaco en polvo se mezclaba con la chicha para potenciar su efecto embriagante y en rama se usaba para masticarlo, en una especie de mambeo. Se acostumbraba, también, el tabaco líquido, ambil, para beber pero en pocas cantidades.

Simón se refiere al tabaco y sus virtudes del siguiente modo:

⁵⁵ Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. En: Biblioteca de autores españoles. Tomo XXVI, Madrid, gráficas Carlos Jaime, 1947, p. 440.

No dudo sino que es yerba medicinal aplicada en ocasiones, así tomada en humo como en polvo y como en todo, porque de estas tres maneras la he visto tomar al ambir, y llamado el lado que es cierta masa hecha de la hoja y zumo del mismo tabaco, cocido con algunos polvos de furac, que es cierto salitre que se saca en una lagunilla cerca de la ciudad de Mérida en este Nuevo Reino. El, tomado en polvo lo tengo por más medicinal, tomándolo siempre con modo. Y así se vende tan caro en la ciudad de Santafé, en especial el que traen de la de Tunja... Hácese esto de lo que se cría en un pueblo de indios llamado Samacá; y otro en lo que llaman La Laguna, a espaldas de esta ciudad. Es un tabaquillo bajo, amarillejo, pero admirable para molido y no para en humo⁵⁶.

La chicha de maíz

Estas comunidades que tuvieron como base de su desarrollo la cultura del maíz, elaboraban la chicha, bebida embriagante, para acompañar las fiestas, el ritual de las curaciones y las ceremonias religiosas. La bebida se consumía en toda América y para elaborarla se masticaban algunos granos de maíz, que se agregaban a la masa, o granos triturados, para acelerar la fermentación.

Al respecto escribió el padre Joseph de Acosta, que

Otro modo de hacer el azua o chicha es mascando el maíz y haciendo levadura de lo que así se masca, y después cocido; y aun es opinión de indios que, para hacer buena levadura, se ha de mascar por viejas podridas, que aun oirlo pone asco, y ellos no lo tienen de beber aquel vino⁵⁷.

Santa Gertrudis describe la elaboración de la chicha con lujo de detalles:

Aquí, y de aquí para arriba en todo el Perú, fabrican del maíz una bebida que llaman chicha de esta suerte: Toman el maíz y lo ponen a remojar 24 horas, y de ahí lo dividen de dos modos. El uno es cocerlo así entero, y después lo trastornan con su caldo en artesas, y lo ponen a madurar 6 o 8 días; después que ya se fermentó lo sacan y lo muelen en una piedra refregando con otra de mano, y esta masa con el mismo caldo lo vuelven a hervir, y después en artesas lo refriegan con las manos, y le hacen largar toda la sustancia. Cuelan después el caldo, quitan el bagazo y lo embotijan. Le mezclan un poco de miel de caña, y a los 6 o 8 días ya tomó punto, y así se bebe. El otro modo es el mismo artificio, sólo que en lugar de molerlo no lo muelen, sino que lo mascan, y a ésta llaman chicha mascada, y dicen que la mejor es la mascada por las mujeres. Una y otra emborracha con borrachera más fuerte que la del vino o aguardiente, y echan de sí un tufo malísimo. Esta bebida entre gente india es la más común en todo el Perú⁵⁸.

Como era costumbre en la provincia de Anserma se bebía chicha en grandes cantidades. Robledo lo explica con algún asombro:

⁵⁶ Simón, Pedro. Noticias Históricas de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales, tomo VI, Bogotá, 1981, p. 20.

⁵⁷ Citado por: Patiño, Víctor Manuel. Historia de la cultura material en la América Equinoccial, tomo I. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990, p. 113.

⁵⁸ Santa Gertrudis, Juan de. Maravillas de la naturaleza. Tomo I Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, 1956, p. 84.

La mayor felicidad de estos señores es vicio de beber, y en esto ocupan siempre, porque estas mujeres que consigo traen, las que son de servicio, todas vienen cargadas de vasijas de vino, al cual llaman chicha; hácese de maíz y con infusiones que ellos hacen, y cuando quieren emborracharse, hacen la fuerte con ciertas yerbas que ellos echan, que se llama tabaque. El comer dellos es poco, porque nunca dejan de tener la tasa en la mano; cuando ellos hacen alguna fiesta, es juntarse en la casa del señor muchos caciques e muchos hombres principales a beber e bailar, e allí cantan y hacen otras mañas de fiesta, que les dura tres y cuatro días y noches, porque como la noche les tome en la fiesta, no se van a echar ni se quitan della sino borrachos e haciendo visajes; e cuando salen della, vánse contra otros, los más cercanos a ellos, aunque sean sus amigos, e así mismo los otros vienen para ellos, que también vienen de la misma suerte, y pelean y se matan muchos unos con otros, y desta manera pasan su fiesta⁵⁹.

Y Simón, con una gran exageración, anota que los carrapas no eran grandes comedores “pero en el beber se enmendaban, por ser ordinario el que bebe mucho comer poco. Era esto tan ordinario y enviado en ellos, que en teniendo la totuma con la chicha en las manos, bebían, cantaban, danzaban y orinaban, todo junto, que era su mayor fiesta”⁶⁰

Canibalismo

Entre estos cacicazgos existía la antropofagia, o costumbre de comer carne humana, pero solo de manera ritual, por el aspecto mágico-religioso. En la región había suficientes recursos en animales de caza y pesca y abundante producción agrícola para satisfacer las necesidades diarias de estas comunidades. Por lo tanto no estaban obligados al consumo de carne humana por falta de mantenimientos⁶¹. Pero cuando llegaron los europeos y vieron las cabezas-trofeos colgando de los cercos de guadua, alrededor de la plaza, o en las casas de los caciques, se llenaron de pánico y pensaron, inmediatamente, que se alimentaban de carne humana en forma cotidiana.

Por ejemplo Robledo anotó que los ansermas comen muy poca carne humana “y la que comen es caza, porque hay mucha”⁶². Dice que los de Pozo “son muy grandes carniceros de carne humana; tienen dentro de las casas muchos huesos y calaveras de los hombres que han comido”⁶³. Cieza cuenta que los caciques y capitanes de los ansermas ponen guadas en las puertas de las casas y allí cuelgan las cabezas de sus enemigos. Y cuando van a la guerra llevan cuchillos de pedernal y cortan las cabezas de los prisioneros. Y a otros dan muerte “cortándoles algunos miembros, según su costumbre, a los cuales comen luego, poniendo la cabeza, como se ha dicho, en lo alto de las cañas”⁶⁴.

⁵⁹ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 23.

⁶⁰ Simón, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit. P. 91.

⁶¹ Patiño, Víctor Manuel, Op. cit., Tomo I, p. 155

⁶² Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 23..

⁶³ Ibid., p. 27

⁶⁴ Cieza de León, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 71.

Sobre el mismo tema notó Simón, con bastante desinformación, que los paucuras engordan a los prisioneros de guerra, para comerlos después. Y agrega que los de Pozo y Quimbaya no usaban veneno en las flechas para no infectar la carne para comérsela⁶⁵.

Estas declaraciones de los cronistas se deben tomar con reserva. Lo cierto es que los españoles acusaron a los indígenas de canibalismo para poder librarse de las acusaciones en su contra, por las crueldades cometidas, o para obtener la tierra de dichas comunidades. No podemos olvidar, además, que la antropofagia fue una de las causas que legitimaban la esclavitud de los indios. Bajo esta acusación fueron exterminados casi todos los pobladores de la provincia de Maitamá (Arma), pues según Robledo “son más carniceros de carne humana que en ninguna de las otras”⁶⁶.

Lo único verdadero es que estas comunidades practicaban ceremonias de canibalismo que se relacionaban con la apropiación del espíritu de los enemigos. Cuando descubrieron el pánico que producían sus cabezas-trofeos, entre los españoles, intensificaron esta costumbre para alejarlos y para derrotarlos simbólicamente. Un ejemplo lo da Simón: cuando Robledo leyó el Requerimiento a algunos de los armados, éstos le respondieron altivamente que se salieran de sus tierras “si no querían que se los comiesen a todos”⁶⁷.

El baño diario y el aseo

Los españoles se asombraron por las costumbres higiénicas de los aborígenes. Era de esperarse porque, para esa época, los europeos eran poco amigos del aseo personal. El baño de los españoles era restringido, las casas no tenían baño y Madrid figuraba como “la capital más sucia de Europa”. Por prejuicios religiosos “muchos miembros del clero y de las órdenes religiosas católicas exageraban en el desaseo, permaneciendo días y semanas con la misma ropa interior”⁶⁸.

Nuestros indígenas tenían la costumbre de bañarse todos los días, esto llamó la atención de los cronistas quienes pensaban que “tenían el baño por medicina”. Cieza decía “que los quimbayas se bañaban aún enfermos”⁶⁹.

Otro aspecto importante era el control de ciertos parásitos. El hecho de andar desnudos, ser lampiños y por el baño diario controlaban los piojos. Este parásito se propagó cuando los españoles impusieron el uso del vestido⁷⁰.

Las tribus del Cauca medio se cuidaban los dientes. Cieza anotó que “utilizaban la coca y unos palotes para limpiar la dentadura y lavar la boca”⁷¹. Ante la belleza de los dientes de las mujeres cantó Castellanos

⁶⁵ Simón, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 85-88

⁶⁶ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 28.

⁶⁷ Simón, Pedro. Noticias Historiales, tomo V, p. 324.

⁶⁸ Patiño, Víctor Manuel. Op. Cit., tomo VII, p. 269.

⁶⁹ Ibid., p. 266.

⁷⁰ Ibid., p. 272.

⁷¹ Ibid., p. 276.

No parecían mal los blancos dientes
Y el torcido mirar con ojos bellos
De las desnudas ninfas destas gentes,
Y las peinadas crenchas de cabellos...

La alimentación

Comida había y abundante. Decía Robledo que en la provincia de Anserma lo que más comen es “fruta y yerbas guisadas de muchas maneras, con ají... la carne que comen es caza, porque hay mucha; hay muchos géneros de frutas muy buenas”⁷². En el pueblo de Angasca, de esta misma provincia, el cacique Hija visitó al capitán Robledo “con muchos indios cargados de maíz, yuca, frisoles, ajíes y perros de la tierra, que no ladran”⁷³. Narra Cieza que cuando entraron a la tierra del cacique Cirichia, con el licenciado Juan de Vadillo, estaban muy hambreados y sucedió que

Salieron 25 o 30 soldados a ranchear, o por decirlo más claro, a robar lo que pudiesen hallar y junto con el río grande (el Cauca) dieron con cierta gente que estaba huida para no ser vistos ni presos por nosotros, hallaron una olla llena de carne cocida; y tanta hambre llevaban, que no miraron sino en comer, creyendo que la carne era de unos animales que llaman curíes, porque salían de la olla algunos; mas ya estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano de cristiano con sus dedos y uñas, con lo cual vieron luego pedazos de pies, dos o tres cuartos de hombres que en la olla estaban, lo cual visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido de aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos⁷⁴.

Lo anterior lo cuenta el cronista para “que se entiendan los trabajos que se pasan en los descubrimientos”.

Escribió Simón que en la Sierra de los armados había grandes labranzas “que era a perder de vista de yucales, maizales, arboledas fructuosas, en especial de pijibaes (palmeras)”⁷⁵. Y en la provincia de los quimbayas “sus principales arboledas son de guadua. En partes se crían valientísimas y anchas ceibas y otros árboles huecos, donde crían y hacen sus compuestos muchas suertes de abejas, de donde sacan mucha y buena miel y cera. Hay también árboles de todas frutas de la tierra, como aguacates, guamas, guayabas, caimitos y otras”⁷⁶.

Cuando regresó Robledo a la provincia de Quimbaya, el 2 de enero de 1541, llegaron los caciques con “gran cantidad de indios, cargados de comida, de bellos choclos que es maíz tierno, pixavaes que es una fruta que produce una palmera y guamas y otras frutas”⁷⁷. La región ofrecía a los españoles frutas exóticas. Escribió Sardela que en el Valle del Quindío, que está cerca de la provincia de Quimbaya,

⁷² Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 23.

⁷³ Sardela, Juan Bautista. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 127.

⁷⁴ Cieza de León, Pedro, Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 73.

⁷⁵ Simón. Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 87.

⁷⁶ Ibid., p. 92.

⁷⁷ Sardela, Juan Bautista. Caldas en las Crónicas de Indias. Op. Cit., p. 129.

Hallaron una fruta amarilla como uvas, que dan unos árboles, como majuelas de España, la cual tiene muy buen sabor, y como los españoles las probaron, comieron de ella y decían que nunca tan buena fruta habían comido. Y metieron mucho en ella y de ahí a media hora, todos los que la comieron salieron fuera de seso; y estuvieron así un día y una noche, borrachos, que no sabían de sí parte ni arte, hasta que la humanidad de la noche los hizo volver; si los indios quisieron hacer alguna cosa, bien pudiera; pero Nuestro Señor no dio lugar a ello. Y por esto nadie había de comer fruta sin saber lo que es, en especial en aquellas partes⁷⁸.

Vida espiritual

Los carrapas “conocían un principio hacedor del universo”. Su dios se aparecía de diversas formas y a él acudían cuando estaban enfermos y le ofrecían sacrificios y ofrendas. No tenían templos y adoraban el sol⁷⁹. Pero había sitios especiales para la relación con el más allá. Al oriente de la ciudad de Anserma, en un encumbrado cerro, existía un sitio de adoración donde los ansermas del pueblo de Umbra subían para encomendarse a sus dioses.

Y se les aparecía el demonio los días de sus borracheras, que las hacían allí. Y aun lo que es más de llorar, que aun hoy se les aparece en las mismas sus fiestas en figura de cabrón, al fin de las cuales le dejan dos hermosas doncellas del mejor parecer que hay, para tener concúbito con ellas. Es la idolatría un pecado que se embebe tanto en el alma, que no se arranca de ella sin grandísimas dificultades, que corre con esto al paso de la herejía⁸⁰.

Junto al pueblo de Pirama, a dos leguas al oriente del pueblo de Porsa, está el cerro de Buenavista, un importante santuario, de difícil y escabrosa subida por la peña tajada, donde había escaleras de guadua. A este santuario sólo podían subir los jeques. Sobre este cerro escribió Pedro Simón que

Y debe ser que el diablo tiene las escaleras y les da la mano para despeñar sus almas de más alto en los infiernos; lo que también intenta cuando algunas veces en tiempos de hambres, les arroja frisoles, yucas y otras raíces desde lo alto para que, aficionándoles con una obra buena, le estén sujetos y obedientes para infinitos males⁸¹.

En la provincia de Pozo los indígenas tenían barbacoas en los cerros para hacer sacrificios. Fray Pedro Simón, quien despreciaba los dioses de los indígenas, decía que “tenían en sus casas grandes ídolos de madera, con los rostros de cera, feísimos”. Desafortunadamente por ser elaborados con elementos tan frágiles y perecederos como la madera, no llegaron hasta nosotros para tener una información distinta a la del cronista Simón.

Los de paucura tampoco tenían templos pero se comunicaban con sus dioses a través de sus jeques o mohanes. Según Fray Pedro Simón “cada martes sacrificaban dos hombres

⁷⁸ Ibid., p. 130.

⁷⁹ Simón. Pedro. Noticias Historiales, tomo V. Op. Cit, p. 296.

⁸⁰ Ibid., p. 282

⁸¹ Ibid, p. 283,

en las barbacoas de sus casas a un ídolo que tenían de palo, de la estatura de un hombre, el rostro al oriente y los brazos abiertos”.

Escribió Fray Pedro Aguado que los patangoros, aunque tenían sus dioses, no poseían santuario o casas especializadas para hacer los sacrificios, pero sí “tienen mohanes, que son personas diputadas y constituidas en dignidad religiosa para tratar con el demonio”⁸².

Robledo también relacionaba al dios de los ansermas con el diablo

Tienen entendido del diablo, porque habla muchas cosas con ellos, que su padre es el que cría todas las cosas, así las del cielo como las de la tierra, y así se les aparece muchas veces en los caminos y en sus casas; y así como lo ven lo pintan, y estos maures que traen con sus rabos, y estas pinturas que en las caras y cuerpos se ponen, es insignia del diablo que ellos ven. Y cuando tienen necesidad de agua para los maíces, invocan al sol y a la luna, que los tienen por hijos suyos, para que se les de, y así tienen creídos que cuando se mueren, se van al cielo; porque este diablo que a ellos se les aparece dice que allí es donde él está y que todos van con él. En toda esta provincia no hay ninguna manera de sacrificio como en otras⁸³.

Sobre esta costumbre que tenían los españoles, de confundir los dioses de nuestros aborígenes con el diablo de los cristianos, decía el gobernador indígena de Cañamomo y Lomapieta Gabriel Campeón:

Nuestros ansermas, de los cuales descendemos, no tuvieron diablo como lo tenían los españoles. Éstos llamaron diablos a nuestros dioses porque no fueron capaces de entenderlos, eran dioses buenos y útiles. Por ejemplo Cieza de León decía que Xixarama, el dios más importante de los ansermas, era el diablo. Los antiguos cañamomos decían que el diablo debía de ser bueno. Yo creo que por eso heredamos un diablo que se convirtió en símbolo del Carnaval de Riosucio⁸⁴.

Creían en una vida eterna, posterior a la terrenal, “para el cuerpo y para su espíritu, pero pensaban que la resurrección se haría en alma y en materia; y por esto, la mayor parte se hacía sepultar con armas, muebles, tesoros y aún alimentos, creyendo hacer uso ulterior de todos sus haberes”⁸⁵.

Sobre este aspecto escribió Simón

Sus difuntos los enterraban algunos en sus casas y otros en el campo, pero todos en grandes cuevas o bóvedas hechas de la misma tierra, donde les metían comidas y bebidas, y a los más principales algunas mujeres para que los sirviesen en la otra vida, que todos confesaban haber, aunque esta creencia la tienen muy ciega y llena de mil supersticiones... El año de mil y quinientos y ochenta y siete murió un cacique del pueblo de Porsa, cerca de esta ciudad (Anserma), y habiendo tenido

⁸² Aguado, Pedro. Op. Cit., p. 84.

⁸³ Robledo, Jorge. Caldas en las Crónicas de Indias, . Op. Cit., p. 24.

⁸⁴ Entrevista a Gabriel Campeón. La Iberia, Riosucio, enero 2 de 1977.

⁸⁵ Uribe Ángel, Manuel. Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia. Imprenta Departamental de Antioquia, Medellín, 2006, p. 514.

traza de enterrarse a su modo gntílico, sabido por los espaoles lo desenterraron y le hallaron en la cabeza una corona que pesó trescientos pesos de buen oro⁸⁶

En cada comunidad se habían creado las condiciones para que surgieran individuos dotados de poderes especiales para servir de intermediarios entre el mundo de los humanos y el mundo de los espíritus.

La persona dotada de estos poderes es depositaria de la tradición mágico-religiosa de la comunidad, hace los conjuros, cura los enfermos, invoca el espíritu de la lluvia, detiene las tempestades y habla con los dioses sobre las cosas que conviene y sobre los castigos para la tribu. La complejidad de las relaciones económicas y sociales favorece la estrecha relación entre el cacicazgo y el culto a los dioses; por ejemplo, en el poblado principal de la provincia de Arma existía una plaza que era fortaleza y al mismo tiempo centro del culto.

Parece que había una relación entre el señorío y los trofeos, sobrepasando su valor simbólico. En Arma, Paucura, Pozo, Picara y Anserma, los cráneos estaban clavados en las estacas de la plataforma de sacrificios ante la casa del cacique o en las empalizadas del cerco en las casas de estos señores. La sola vista de este espectáculo podía desalentar al enemigo, pero también existía la creencia mágica de que la posesión de la totalidad o parte del cadáver del enemigo y conservándolo en tal forma que pareciera vivo, aumentaba la fortaleza del que lo poseía. Por ello, era común recubrir los cráneos de cera reconstruyendo la carne y la piel tratando de conservar la fisonomía del difunto.

En este mismo sentido el canibalismo podía significar la apropiación de una fuerza vital ajena, mediante la posesión o consumo de ciertas partes como el corazón o el cerebro, y la exhibición posterior del cráneo como trofeo. La conservación de las cabezas y de los cuerpos embalsamados, de los enemigos muertos en las guerras, fue una de las prácticas que más llamó la atención de los cronistas y conquistadores por lo macabro del espectáculo, y ésta es una de las razones por las que exageraron acerca de la antropofagia de estas comunidades.

La invasión del territorio

Sebastián de Belalcázar, uno de los capitanes de Francisco Pizarro, partió de Lima hacia el norte, conquistó el reino de Quito y atraído por el espejismo de "El Dorado", la "salida al mar", y con el afán de sustraerse de la dependencia de Pizarro, emprendió su tarea de conquistar más hacia el norte. Con esta perspectiva llegó hasta las cercanías del actual Cali y desde allí envió la expedición de Francisco de Cieza, con cien hombres, por la banda derecha del Cauca, en prosecución de "El Dorado" y en busca de un paso hacia el oriente, en la cordillera central. Llegó hasta el extremo sur de los dominios de los quimbayas, y se convirtió por lo tanto en el descubridor de esta región; divisó las cimas nevadas del Quindío, pero se vio obligado a regresar al no encontrar paso, y por la fatiga de sus hombres y de los caballos.

Belalcázar, firme en sus propósitos de conquista, planeó el rastreo sistemático del Valle del Cauca, para lo cual dividió a sus hombres en dos grupos: uno, dirigido por él mismo

⁸⁶ Simón, Pedro. Noticias Historiales, tomo V, Op.Cit., p. 281

avanzó por la banda occidental del Cauca y el otro, comandado por el Capitán Miguel Muñoz, siguió por la ribera opuesta, y acordaron de antemano que la orden de regreso sería dada por medio de señales de humo. Belalcázar, acompañado por Jorge Robledo, llegó hasta el valle del Risaralda, lo cruzó, subió hasta Anserma, penetró a Cartama (Marmato) y se constituye en el primer grupo español que recorre dichas provincias del occidente de Caldas (1536).

Mientras tanto el Capitán Miguel Muñoz, recorriendo la otra banda del río Cauca, exploraba un río en cuyas riberas hallaron a "una vieja de más de cien años, pero tan llena de oro fino, que parecía quería suplir con la hermosura de aquel metal lo que sus años le habían quitado" (fray Pedro Simón).

Después, en 1539, regresó Jorge Robledo y con un experimentado ejército aplastó y sometió las principales comunidades indígenas y luego se dedicó a la fundación de pueblos.

Encuentro de culturas

En la provincia de Humbera o Anserma hay pánico general. Dicen que unos hombres monstruosos están recorriendo la provincia montados en venados gigantes. Tienen poderosas armas y cuando las disparan se caen los árboles, se acaba la vida y todos quedan sordos. Parecen dioses.

El cacique Ciricha comenta que no deben ser divinidades pues los únicos dioses son Xixarama y su padre, que habían creado el cielo, la tierra y todas las cosas. Ocuca, muy asustado, plantea que los extranjeros tienen barbas y unos vestidos que no dejan entrar los dardos. Muchos habitantes de la provincia de Humbera dicen que los visitantes huelen muy mal y que la boca es podrida y los dientes negros.

El cacique Cananao, de los irras, sabe que estos extranjeros se asombran cuando ven a las mujeres, porque andan desnudas, y dice que todos los visitantes las piden para solazarse con ellas. Los indígenas afirman que los extranjeros piden mucho oro, comida, bebida y mujeres. No falta quien diga que los visitantes piden más oro que comida.

Los caciques Tucarma e Hija, de Humbera, y Perequita, de los pozos, ya sabían que reyes poderosos semejantes a los dioses habían penetrado por el norte, por el inmenso mar. Las noticias afirman que tienen todo el cuerpo cubierto y sólo se puede ver la cara. Traen armas poderosas y cuando truenan sale una bola de fuego que destruye lo que encuentra a su paso. El humo no deja respirar.

El asombro de los patangoros lo narra así fray Pedro Aguado

Siempre que españoles entran a poblar o conquistar alguna nueva tierra, los indios, como gente extraña y que desean, aunque con rústica curiosidad, ver aquellas cosas de ellos ignotas y extrañas, como son los caballos y perros y otras cosas que los españoles llevan consigo, y sobre todo a los propios españoles, los cuales por ser adornados del rostro de barbas y blancos, y sus personas cubiertas y vestidas, les ha

parecido y parece a muchos indios, de prima faz, que en los españoles estas cosas son monstruosidad y yerro de natura⁸⁷.

No habían terminado de asombrarse, cuando los aborígenes empezaron a morir en grandes cantidades. El chamán u hombre-medicina, intermediario entre las personas y las divinidades, no encuentra cura para estos males. Los caciques hacen un rápido inventario: después del primer contacto con el hombre-monstruo había muerto la mitad de la población. Las causas hay que buscarlas en las enfermedades que llegaron con los extranjeros: las bacterias y los virus. La viruela fue la primera en aparecer, los aborígenes “morían como moscas”. Sus organismos no tenían defensas para estas enfermedades.

Los españoles exigen sumisión

Durante los primeros años de la conquista los reyes de España pidieron a los teólogos un sustento legal para apoderarse de las tierras “descubiertas” y para quitar la autoridad a los caciques indígenas. El documento se llamó “requerimiento” y justificaba la guerra a los indios, se leía en español y se utilizaba un intérprete. Los indígenas quedaban asombrados y perplejos cuando escuchaban semejante discurso que venía de personas raras pero aparentemente normales o inteligentes.

Requerimiento

Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos Reyes de Castilla y de León, domadores de las gentes bárbaras, su mensajero y capitán, vos notifico y hago saber, como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, uno y eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes procreados, y todos los que después de nosotros vinieren, mas por la muchedumbre de generación que de éstos ha procedido desde cinco mil y más años que ha que el mundo fue criado, fue necesario que los unos hombres fuesen por un aparte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar y conservar. De todas estas gentes Dios Nuestro Señor dio cargo a uno, que llamado Pedro, para que todos los hombres del mundo fuese Señor y Superior a quien todos obedeciesen, y fuese la cabeza de todo el linaje humano, doquier que los hombres tuviesen y viniesen y en cualquier ley, secta o creencia; y dióle a todo el mundo por su servicio y jurisdicción, y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma como en lugar más aparejado para regir el mundo; también le prometió que podía estar y poner su silla en cualquiera otra parte del mundo, y juzgar y gobernar todas las gentes cristianas, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta o creencia que fuesen. A este llamaron Papa, que quiere decir Admirable, Mayor Padre o Guardador, porque es Padre y Gobernador de todos los hombres. A este Santo Padre obedecieron y tomaron por Señor, Rey y Superior del Universo los que en aquel tiempo vivían; y asimismo han tenido a todos los otros que después de él fueron al Pontificado elegidos; y así se ha continuado hasta ahora y así continuará hasta que el mundo se acabe.

Uno de los Pontífices pasados que he dicho, como Señor del mundo, hizo donación de estas islas y Tierra firme del mar océano a los católicos Reyes de Castilla, que

⁸⁷ Aguado, Fray Pedro. Recopilación Historial. Op. Cit., p. 39.

entonces eran don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, y a sus sucesores nuestros Señores, con todo lo que en ellas hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ello pasaron, según dicho es (que podéis ver si quisiéredes). Así que Su Majestad es Rey y Señor de estas islas y Tierra firme por virtud de la dicha donación, y como tal Rey y Señor, algunas islas y casi todos a quien esto ha sido notificado, han recibido a Su Majestad y le han obedecido y servido y sirven como súbditos le deben hacer y con buena voluntad y sin ninguna resistencia; luego sin ninguna dilación, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron a los varones religiosos que les enviaba para que les predicasen y enseñasen nuestra santa fe; y todos ellos, de su libre y agradable voluntad, sin premio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son; y Su Majestad los recibió alegre y benignamente, y así los mandó tratar como a los otros súbditos y vasallos; y vosotros sois tenidos y obligados a hacer lo mismo. Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien esto que os he dicho y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis a la Iglesia por Señora y Superiora del universo mundo, y al Sumo Pontífice, llamado Papa, en su nombre, y a Su Majestad en su lugar, como Superior y Señor Rey de las islas y Tierra firme, por virtud de dicha donación; y consintáis que estos Padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho; y si así lo hiciéredes, haréis bien, y aquello que sois tenidos y obligados; y Su Majestad, y yo en su nombre, vos revivirán con todo amor y caridad, y vos dejarán vuestras mujeres e hijos libres, sin servidumbre, para que de ellos y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes y por bienuviéredes, como lo ha hecho casi todos los vecinos de las otras islas...⁸⁸

Pero los indígenas no eran torpes y no aceptaban el llamado Requerimiento. Cuando Robledo, después de someter los cacicazgos de los armados, iba rumbo a la provincia de Evéxico, los indígenas le opusieron resistencia por todo el camino y le sucedió lo siguiente, según palabras de Simón

Habiendo puesto en una loma de este valle una gran cruz, pasó con su tropa el general Robledo a otro, donde halló la misma resistencia, y pasando adelante, le salieron en una quebrada a preguntar algunos indios que qué eran sus intentos para buscar aquella tierra, que se fuese luego de ella. A que respondiendo que la tierra era del Rey de Castilla y quería quedarse a poblar allí, replicaron que si el Rey de Castilla había plantado aquellos árboles o hecho aquellos bohíos, que lo que importaba era salirse luego de la tierra si no querían que se los comiesen a todos, sin dar otra respuesta más que temerarias voces a las que Robledo les daba con sus intérpretes convidando con la paz⁸⁹.

Aguado muestra con mucha claridad cómo los patangoros despreciaron el famoso requerimiento:

Es costumbre muy usada cuando se va a pacificar alguna tierra de indios, especialmente cuando vienen a dar guazabara a los españoles o cuando los españoles van a combatirles algún alojamiento donde están fortificados, hacerse

⁸⁸ Melo, Jorge Orlando. Reportaje de la Historia de Colombia. Editorial Planeta, Bogotá, 1989, p. 27-29.

⁸⁹ Simón, Pedro. Noticias Históricas. Tomo V, Op. Cit., p. 324.

por parte del capitán o caudillo español cierta manera de requerimiento ante un escribano, convidándoles con la paz, persuadiéndoles que se aparten de su rebelión, exhortándoles que se sometan debajo del dominio del rey y de sus ministros, protestando que no les van a hacer guerra ni malos tratamientos, mas a ampararlos y defenderlos. Y capitanes ha habido que estos requerimientos los han hecho a los indios en su propia lengua castellana, sin más intérprete ni faraute que se lo diese a entender; y con esto dice que ha hecho las diligencias necesarias, cosa por cierto bien de reír; que no habiéndole entendido los indios cosa ninguna de lo que les ha dicho ni requerido, tenga por bien hechos sus requerimientos. Esta es una de las circunstancias que usan los que, como atrás dije, van a llamar de paz los indios...

Lorenzo Rufas, caudillo de los españoles que sobre el palenque estaban; el siguiente día, con los intérpretes que tenía, desde fuéra del palenque, y aun algo apartado de él, comenzó a hacer requerimientos a los indios que dentro estaban, que apartándose de su rebelión le viniesen a dar la paz y se redujesen al servicio del rey y de sus ministros; y usando de la cautela de que usaron otros muchos pacificadores, les dijo que no temiesen recibir ningún castigo por las muertes que habían hecho, pues era notoria la ocasión que los españoles muertos les habían dado y cuán justamente merecían el castigo que ellos les dieron. Mas aunque estas diligencias y requerimientos fueron hechas diversas veces, ninguna cosa prestaron, antes los indios, como gente obstinada en su rebelión y que pretendían salir con ella adelante, respondían con desvergüenza de bárbaros a los españoles que se habían holgado mucho con su venida, porque ya se les acababa la carne de la gente que había muerto, y que con ellos, de quien pretendían haber entera victoria y matarlos todos, tendrían algún tiempo adelante qué comer, y juntamente con esto decían otros muchos géneros de vituperios y denuestos, poniendo a los nuestros nombres que entre ellos eran infames⁹⁰.

Ante enemigos tan obstinados y poderosos, que habían venido para quedarse, los indígenas prepararon la resistencia haciendo acopio de sus mejores armas.

Armas y trampas

Escribe Robledo que los armas usan tiraderas, que son unos dardos delgados que los lanzan con furia. Y Cieza anota que los ansermas “van a la guerra con agudos cuchillos de pedernal, o de juncos, o de cortezas, o de cáscaras de cañas, que también los hacen ellos, bien agudos y cortan las cabezas a los que prenden”⁹¹.

Simón anota que los pozos son tan belicosos y buenos guerreros “que jamás sueltan de la mano las lanzas”. Utilizaban muy bien los dardos como lo experimentó Jorge Robledo, quien fue herido de gravedad cuando los invadió en marzo de 1540. “También usaban la honda con que eran muy certeros y de empuyar los caminos y trochas por donde les entraban sus enemigos”⁹².

Y Sarmiento añade que “en esta provincia hallamos en las casas muchos almacenes de dardos y tiraderas”⁹³. Dice que en la provincia de Arma “salieron de guerra a recibir a

⁹⁰ Aguado, Pedro. Recopilación Historial. Tomo II, Op. Cit., p. 55-56.

⁹¹ Cieza de León, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 71.

⁹² Simón, Pedro. Noticias Historiales, Tomo V. Op. Cit., p. 287.

⁹³ Sarmiento, Pedro. Caldas en las Crónicas de Indias, Op. Cit., p. 168.

los españoles muchos indios, con armaduras de oro y coronas y patenas que relucían todo el campo”⁹⁴.

El veneno para las flechas y dardos era mortal. Sobre este aspecto llama la atención la minuciosa descripción de Aguado

Esta ponzoña o yerba para untar las flechas, en cada provincia se hace de diferentes maneras, según que en otras partes he dicho, y por eso la orden que aquí refiero es la que se tiene entre estos palenques o patangoros.

En un vaso o tinaja echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañeros de hombres los echan allí con la sangre que a las mujeres les bja en tiempos acostumbrados, y todo junto lo tienen de aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe, y después, de esto toman algunos sapos y tiénelos ciertos días encerrados en alguna vasija sin que coman cosa alguna, después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por eta orden van pasando todos los sapos que para este efecto tienen recogidos, y desque sea recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntanlo échanlo en el vaso, donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de las ceibas o árboles que hay espinosos, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar flebe échanle un poco de la leche de las ceibas y de manzanillas, y con aquesta solamente cobra fuerza y vigor.

El oficio de hacer esta yerba siempre es dado a mujeres muy viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que de este ponzoñoso betún sale⁹⁵.

En general las armas de nuestros aborígenes eran muy simples: dardos lanzados con propulsores, flechas, macanas, lanzas y hondas; usaban escudos de cuero. Con estas armas no se podían enfrentar a un ejército moderno de los españoles, quienes llegaron provistos de armas de fuego, pólvora, armaduras de acero, espadas, ballestas, escudos, caballos y perros. Ante la necesidad de frenar el avance de los extrajeros los patangoros se ingeniaron las trampas, terribles tácticas de guerra que asustaban a los invasores. Así las describe Aguado

Haciendo grandes hoyos y cavas de hondura de dos estados alrededor de sus alojamientos y pueblos y en aquellas partes donde sentían que los españoles acudirían, ponían en ellos grandes estacas muy agudas y delgadas, las puntas

⁹⁴ Ibid., p. 168.

⁹⁵ Aguado, Fray Pedro. Recopilación Historial, Tomo II, Op. Cit., p. 123.

arriba, y luego cubrían por encima el hoyo igual con el suelo y faz de la tierra, de suerte que si no estaban advertidos con recelo no dejarían de caer en la celada y hoyo, por estar tan sutilmente cubierto y disfrazado con hierbas que encima trasponían y plantaban, y así cayeron algunos soldados en estos hoyos, donde recibieron miserables muertes, con invenciones de que los indios usaban para atraer a lo soldados a que cayesen en ellos, poniéndose de la una parte el hoyo de suerte que pudiesen ser vistos, y como los españoles acometiesen a ellos yendo ignorantes de los hoyos, caían en ellos, y allí se metían por el cuerpo aquellas largas estacas con que eran muertos...⁹⁶

Cambios culturales

La economía indígena giraba alrededor de una agricultura de alto nivel de productividad: el maíz, el frijol y la yuca eran cultivos muy eficientes que permitían alimentar poblaciones muy numerosas, pero la drástica reducción de la población hizo que muchas áreas agrícolas se convirtieran en pastos por las exigencias de la cría de ganado o se transformaran en bosques.

La población, junto con el consumo de venados, curíes y guadaquinajes, incorporó a su dieta alimenticia el ganado vacuno, los cerdos y las gallinas, mientras que el maíz, el frijol y la yuca, primordiales en la alimentación indígena, fueron combinados con el trigo, la caña de azúcar y el plátano. Para trabajar la tierra se introdujo la azada, el machete y la yunta de bueyes. De las tierras comunales y del trabajo en minga se llegó a la formación de estancias, haciendas, dehesas y trapiches.

De este modo el aborígen se convirtió en indio, tributario, encomendado y mitayo; mientras que el español se transformó en blanco, encomendero, señor, don, amo, cura doctrinero, capitán y criollo.

Coexistían la choza y la casa de habitación, la arepa y el pan, la chicha y el vino, simbolizando las diferencias sociales y la perdurabilidad de las nuevas relaciones de propiedad.

Así, se presentó un gran cambio en las costumbres de cada sociedad, pero cada grupo legó parte de su cultura dando origen a una nueva sociedad de clase.

Al agonizar el siglo XVIII continuaron su marcha el hato y la hacienda tradicional, aparecieron los sectores campesinos, a partir de la descomposición y desintegración de resguardos indígenas y mediante diferentes formas de colonatos.

El blanco chapetón o criollo afirmaba su identidad occidental y cristiana y trataba de imponerla negando la cultura indígena. El misionero y el cura doctrinero se dedicaron a la enseñanza de la religión y del idioma, lo que modificó la cultura del aborígen y lo integró a la sociedad colonial, a través del mensaje cultural. De este modo la cultura indígena fue evolucionando hacia la hispánica, católica y occidental a la que incorporaron, pero subordinados, elementos de origen indígena y africano.

⁹⁶ Ibid., p. 25-26.

Conclusiones

Después de 500 años de la llegada de los conquistadores europeos los descendientes de los ansermas, ubicados hoy en los resguardos de Riosucio y Supía, todavía conservan parte de sus tradiciones y algunas costumbres precolombinas. Las huellas indígenas sobreviven en un mestizaje donde se combinan con la herencia africana y europea, e influenciados por las colonizaciones antioqueña y caucana y por otras corrientes que arribaron muchos años después.

Revista Impronta
Academia Caldense de Historia
Vol.2, p. 13-36